

SEGUNDA PARTE.

I.

Una cruda noche del mes de diciembre del mismo año, un ginete solo paró delante de la casa que tenía en Valladolid don Rodrigo de Santillana.

Echó pié á tierra y llamó á la puerta, preguntando por el alcalde á la persona que le abrió.

—Extráñame, dijo el alguacil Tribaldos, que era el que había abierto, pidais por su señoría; porque todo el mundo sabe en Valladolid que el señor don Rodrigo de Santillana está sacramentado, y próximo, segun dicen los médicos, á comparecer ante la presencia de Dios.

—Pues llego á tiempo, dijo el ginete, y no en balde he corrido cuanto he podido para llegar cuanto antes.

—¿Os esperan, pues? dijo Tribaldos.

—Sí por cierto, y con ánsia, segun creo.

—Pues os anunciaré á la señora hija de su señoría.

—Pues cuanto antes; y dejadme pasar al zaguan, que el viento y el aguacero, encañonados entre el muro de esa iglesia y estas casas, no se pueden resistir.

—Pasad, hidalgo, y decidme vuestro nombre para que pueda anunciaros.

—Decid que está aquí el que viene de Venecia.

—Muy bien. Rejoncete, tomad las bridas de este caballo; y vos, hidalgo, seguidme: que por lo que veo, no sois vos persona á quien se pueda hacer esperar en el zaguan como á un lacayo.

—Decís bien, dijo Yhayeben-Shariar arrojando las bridas de su caballo al alguacil Rejoncete que se habia acercado al llamamiento de Tribaldos, y siguiendo á éste, que habia tomado por una de las anchas galerías del patio.

Subieron las escaleras, recorrieron parte de la galería principal, y entraron en una antecámara donde habia multitud de gentes amigas del enfermo, que esperaban, cumpliendo con las prescripciones de las costumbres de aquel tiempo, la noticia de su fallecimiento.

Tribaldos se acercó á un religioso que salia de la cámara, y le dijo:

—Perdóneme vuesa merced, padre, si de él me valgo, porque nos está prohibido á todos entrar en estos momentos: decid, os ruego, á la señora doña María, que acababa de llegar la persona que viene de Venecia.

—¡Oh, y con cuánto afán esperaba el señor don Rodrigo á esa persona! dijo el fraile, que era un religioso francisco de los de hábitos azules: ¿dónde está ese señor?

—Aquí me teneis, padre, dijo Aben-Shariar.

—Pues venid; venid al instante: que no parece sino que traéis al moribundo la salvacion de su alma, segun pregunta con grande afán á cada momento, si ha venido el de Venecia.

—Pues entremos cuanto antes, que no son estos momentos de esperar.

—Entremos.

Entraron.

II.

Era la misma cámara donde más de un año habia reconocido don Rodrigo de Santillana á su hija, solo con verla.

Al fondo de ella se veia el mismo lecho, entre cuyos cortinajes habia ocultado don Rodrigo á Mari Galana.

Solo habia de nuevo en la cámara un altar, y sobre el altar un crucifijo, alumbrado por seis blandones de cera amarilla.

Olia fuertemente á enfermo, más que á enfermo, á moribundo.

Junto al lecho habia dos frailes: el uno de pié á un extremo de él; el otro sentado en un sillón á la cabecera.

En un sillón, á alguna distancia del lecho, con la cabeza inclinada, las manos cruzadas y abandonadas sobre las rodillas, y completamente vestida de negro, habia una mujer.

No se oia otra cosa que el zumbar del viento desenfrenado, el retumbar del trueno que rujia de tiempo en tiempo, el continuo caer del aguacero sobre la techumbre de plomo, y un gemido sordo, ronco, inarticulado, que salia incesantemente de entre los cortinajes del lecho.

III.

El fraile francisco que servía de introductor á Yhay se acercó á la mujer que lloraba doblegada sobre el sillón, y habló con ella algunas palabras en voz baja.

Apenas la mujer oyó aquellas palabras, se levantó de una manera violenta, miró en torno suyo, vió á Yhay, y se lanzó á él.

Aquella mujer era María de Santillana.

—¡Dios os envía! ¡Dios no ha querido que tardeis! ¡Dios os pague vuestra caridad! exclamó.

Y separándose de Yhay, se lanzó rápidamente al lecho, y dijo con voz ardiente:

—¡Padre, padre, volved en vos: aquí está monseñor Pietro Mastta!

Pareció como que una corriente eléctrica galvanizaba al moribundo alcalde de Santillana.

Se alzó sobre sus brazos y exclamó fijando en la cámara la mirada vaga, calenturienta, horrible, de sus ojos vidriosos.

Don Rodrigo estaba horrible, lívido, demacrado, desencajado, impreso en el semblante un terror infinito.

—Acercáos, acercáos, monseñor, dijo con voz sepulcral, porque me muero.

Yhay se acercó rápidamente, sombrero en mano, inclinada la cabeza y profundamente dominado por aquella situación sombría.

—Perdonad, padres, dijo María de Santillana; pero desearía que nos dejáseis solos.

Los religiosos salieron en silencio.

IV.

—¡Hablad, hablad, monseñor! dijo Santillana; ¿me traéis su perdon?

—¿El perdon de quién? dijo con voz sombría y terrible Yhay.

—¡El perdon de ella, de su esposa! ¡Porque él no ha podido perdonadme! ¡Porque él no ha querido perdonarme!

—¿Cuando habeis visto que la victima perdona á su verdugo? dijo con voz más terrible aún Yhay.

Don Rodrigo lanzó un gemido de dolor y de espanto.

—¡Por caridad, monseñor! exclamó llorando María; ¿no estais viendo el tormento de mi infeliz padre?

—¡Estoy viendo al rey don Sebastian pendiente de la horca como un criminal infame! dijo Yhay rugiendo ya; ¡estoy viendo morir á mi pobre hermana desesperada; estoy viendo á mis desdichados sobrinos huérfanos y todo por un juez cobarde que muere devorado por el remordimiento!

—¡Muerta! exclamó don Rodrigo con un terror horrible; ¡muerta ella tambien!

—Muerta, sí, de dolor y de desesperacion; pues qué, ¿podía ella vivir sin él, que era la mitad de su alma? ¿Puede vivir una criatura á quien arrancan el corazon?

—¡Yo seré la madre de esos huérfanos, exclamó María cayendo de rodillas á los piés de Yhay! ¡Yo me consagrare á ellos; yo viviré para ellos; pero mi padre, mon-

señor, mi padre; vez que muere desesperado, ved que desde la eternidad le llama á sí la terrible sombra del rey don Sebastian!

—Le estoy viendo... sobre la escalera del patíbulo... volviendo hácia mí sus ardientes ojos... murmurando con acento lúgubre:—¡Ah don Rodrigo! ¡Don Rodrigo! ¡Yo te emplazo ante el tribunal de Dios!—exclamó con una ansiedad espantosa el alcalde.

Yhay se estremeció de compasion, á pesar de que odiaba con toda su alma á don Rodrigo.

María lloraba asida á las rodillas de Yhay, temblando.

De repente el semblante del alcalde se iluminó con una expresion de infinita alegría.

—¡Ah! ¡Esperad!... ¡Esperad!... exclamó con un acento apenas perceptible; mi vista penetra en la eternidad... no es ya un patíbulo lo que veo... es un trono de blancas nubes... iluminado por la eterna luz de un sol de gloria... no es el hombre que veo un sentenciado que maldice... no son sus ojos unos feroces ojos que amenazan... no... en ellos resplandece la eterna paz... la eterna bienaventuranza... en su frente hay una corona de rey, y en derredor de su cabeza... una sangrienta aureola de mártir... es él... es él... Gabriel de Espinosa... el pastelero de Madrigal...

Don Rodrigo guardó silencio, y sus ojos permanecieron fijos, como en un punto infinito del espacio, dejando ver un brillo extraño, como si en ellos reflejase la luz de una vision de gloria.

Yhay le miraba de una manera inmensa.

María seguía llorando asida á las rodillas de Yhay.

—Esperad... esperad... dijo rompiendo de nuevo el silencio Santillana, pero con la voz más débil: las nubes se rasgan y aparece una blanca y purísima figura... una mujer... hermosa como un ángel... que se eleva... que se eleva hasta el lugar donde está Gabriel de Espinosa... Sobre sus negros y ondulantes cabellos, se ciñe también una corona de reina... y la sangrienta aureola del martirio rodea también su cabeza... llega... llega á él... mirad... se unen felices entre los brazos de un ángel... ¡ah!... ¡ah!... el rey don Felipe no puede quitarles la corona... la eterna corona que les ha dado Dios. ¡Ah! Me miran... comprenden mi dolor y me perdonan... ¡no fui yo... fué el rey!... ellos lo saben y me perdonan... ¡sí... me perdonan!...

Y don Rodrigo se dejó caer jadeante, moribundo, sobre las almohadas.

V.

Por un momento, Yhay miró de una manera profunda á don Rodrigo de Santillana.

Luego alzó á María, la besó en la frente, y la retuvo asida con uno de sus brazos, inclinándose con ella sobre el semblante del moribundo.

—¿Ois, Santillana? dijo con voz solemne Yhay.

—Si... contestó con acento apenas perceptible el alcalde.

—Dicen, prosiguió Yhay, que el Dios Altísimo, único y misericordioso, deja ver una vision de la eternidad, al pecador que muere arrepentido de su culpa. ¿Es-

tais vos arrepentido de la vuestra, don Rodrigo?

—¡Oh!... sí... sí... contestó débilmente Santillana.

—¿Tú, juez, estas seguro de que el dolor, de que el terror que has sufrido por tu culpa, es tan grande como la culpa misma?

—¡Oh!... ¡Sí... terrible!

—Pues bien, no quiero llevar á mis últimos instantes el remordimiento de haber sido cruel con un hombre á quien ha matado el remordimiento. María, la esposa del rey don Sebastian, grande, magnánima, generosa siempre, te ha perdonado al morir loca de dolor entre mis brazos.

—¡Ah!... exclamó Santillana; bendito seais vos, monseñor, que me habeis traído con el perdon de esa mártir la confirmacion del perdon que Dios me ha dejado ver en una vision de la eternidad. María... hija mia... vive, vive para ser la madre de esos huérfanos... Dios... la eternidad...

Y Don Rodrigo calló para no volver á hablar más.

Algunos momentos despues, rodeado de los religiosos que le auxiliaban, y asidas ambas manos á las manos de Yhaye y de María, murió.

VI.

Al dia siguiente fué enterrado con gran pompa en la cercana iglesia de San Pablo, frente á la tumba donde habia sido enterrado cuarenta y cinco años antes, el otro tremendo alcalde de casa y córte, Rodrigo de Ronquillo.

Hay que tener en cuenta la coincidencia singular de haber muerto don Rodrigo de Santillana pared de por medio con una cámara de la cercana casa, donde sesenta y nueve años antes habia dado á luz la esposa de Cárlos V, la emperatriz doña Isabel, al tremendo rey don Felipe II.

VII.

Cuando los de Valladolid se agolpaban en las calles para asistir al entierro del temido alcalde Santillana, decian en voz baja acá y allá, estas ó semejantes palabras:

—Debe ser cierto que le emplazó en la horca el pastelero de Madrigal; apenas hace cuatro meses que aquel triste murió, y desde entonces no ha echado luz don Rodrigo de Santillana.

VIII.

Quince dias despues de la muerte del alcalde, María de Santillana, de gran luto, desembarcaba en Venecia, y en una cámara del palacio Sforzia, abrazaba llorando á los huérfanos de Gabriel de Espinosa y de Sayda Mirian.